

Entre crepúsculos*

Richard Kernaghan

 <https://orcid.org/0000-0003-1371-0450>

University of Florida, Estados Unidos

kernaghan@ufl.edu

RESUMEN

A partir de encuentros narrados entre transportistas y soldados, este capítulo —número siete de mi libro Crossing the Current (Stanford University Press 2022)— describe cómo grupos armados buscaron controlar la movilidad rural del Alto Huallaga, cuando la economía de la cocaína se entrelazaba con el conflicto contrainsurgente. Desde un enfoque en los corredores de tránsito terrestre y fluvial, presto atención a las implicaciones territoriales de los fuertes del ejército con el fin de señalar cómo esos puestos fronterizos del Estado peruano lograron extender efectos tangibles más allá de sus propias estructuras físicas. Al ocupar cimas de colinas y otros sitios estratégicos, las bases de contrainsurgencia formaron un archipiélago que facilitó la «captura» del movimiento y del tiempo con retenes, toques de queda y la confiscación de vehículos. Este capítulo rastrea cómo esas incautaciones reorientaron las percepciones de la geografía del valle, de un modo que intensificó una oposición estricta entre horas de día y de noche. A través de las vívidas historias que los transportistas luego contaron sobre sus cruce con los militares, examino las imágenes, las anticipaciones rutinarias y los tipos de encuentros que introdujo el sistema de fuertes y logró mantener por muchos años.

Palabras clave: *Fuertes, Territorio, Captura, Movilidad, Tiempo*

* Este texto es una traducción al español autorizada del séptimo capítulo del libro *Crossing the Current Aftermaths of War along the Huallaga River* de Richard Kernaghan, publicado en 2022 por Stanford University Press. El texto original fue traducido por Juan Felipe Guevara Aristizábal, y revisado por Carmen Ilizalde.



Between Twilights

ABSTRACT

In narrated encounters between transportistas and soldiers, this chapter—the seventh of my book, Crossing the Current (Stanford University Press, 2022)—describes how armed groups sought to control rural mobility in the Upper Huallaga Valley, when the region's cocaine economy became entwined with the counter-insurgency conflict. With an emphasis on land and fluvial transit corridors, I give special attention to the territorial implications of army forts in order to show how those frontier outposts of the Peruvian state spread tangible effects beyond their own physical structures. Occupying hilltops and other strategic sites, counter-insurgency bases formed an archipelago that facilitated «seizures» of movement and time through checkpoints, curfews, and the confiscation of vehicles. This chapter traces how those seizures reoriented perceptions of valley geography—in ways that brought daytime and night into heightened opposition. With vivid stories, transportistas later told of their run-ins with the military, I examine the images, routine anticipations, and genres of encounter the fort system introduced and, for many years, sustained.

Keywords: *Forts, Territory, Seizures, Mobility, Time.*

Nota de agradecimiento

Expreso mi profundo agradecimiento a las personas que compartieron vivencias y reflexiones, las cuales posibilitaron la escritura del capítulo original. Agradezco especialmente a Hugo Taboada, y a las otras personas que aparecen bajo seudónimo en este texto: «Yéssica» y «Walter», «Wilson», «Don Florentín», «Mauro», «Reynaldo». También a Pilar Taboada por su ayuda con transcripciones y por sus siempre sutiles comentarios. Por último, a Juan Felipe Guevara Aristizábal por su generosa disposición y dedicación en la realización de esta traducción.

Figura 1. Madre Mía.



Fuente: Richard Kernaghan.

ENTRE CREPÚSCULOS

¿Qué ocurre cuando rústicos fuertes del ejército son colocados en lo más alto para convertirse en máquinas arquitectónicas encargadas de la captura sistemática no solo del terreno sino también de las varias personas detenidas y tomadas por la fuerza? ¿Qué le pasa a estos fuertes cuando supuestamente acaba la guerra que los hizo aparecer? ¿Acaso se repliegan en la opacidad interna del Estado? O, ¿acaso persisten en las tierras que señooreaban? Y si es así, ¿entonces qué?

Este texto se adentra en las complejas historias de las bases de contrainsurgencia ubicadas en el Alto Huallaga. Aunque no pasa de ser un dibujo somero, hay aquí una reflexión acerca de la resiliencia del lugar o *topos* de las bases durante las estelas de las transformaciones política, social y territorial que ellas mismas forjaron. A lo largo y ancho del ondulado paisaje tropical aparecieron alguna vez puestos fronterizos en un movimiento desigual y acumulativo que podría describirse como el despliegue material de la emergencia política.¹ La eventual retirada de estas mismas bases —su repliegue de las laderas orientales de los Andes peruanos— puede asimismo leerse como el regreso a un período normativo de legalidad estatal. Y, sin embargo, las temporalidades que estaban en juego resultan engañosas en cuanto a su complejidad y es imposible hacer una cronología precisa con ellas. No obstante, es útil tener en mente que, si bien

¹ La figura de *despliegue/repliegue*, al igual que otras reflexiones conceptuales que discuto en este texto acerca de la relación entre las bases de contrainsurgencia y los estados de emergencia políticos en el Perú, son en gran medida resultado de las conversaciones que sostuve con Isaías Rojas-Perez. Esas conversaciones fueron la chispa inicial para una serie de conferencias, que organizamos en conjunto, aunque de forma más reciente me han llevado a participar con un brillante grupo interdisciplinario de académicos y abogados reunidos por Carmen Ilizalde, quienes estudian la historia de las medidas de emergencia en Perú, así como las implicaciones más amplias del apoyo continuo que mantiene el gobierno en los estados de excepción legal.

a nivel nacional la era de la violencia política se dice que duró dos décadas, de 1980 al 2000, en algunas áreas rurales, especialmente aquellas históricamente vinculadas al comercio de cocaína, el conflicto insurgencia-contrainsurgencia y el estado de emergencia derivado de ello se mantuvo por mucho más tiempo.²

En el Alto Huallaga, la declaración oficial del levantamiento permanente de la figura de excepción legal no ocurrió sino hasta el 2015, al menos una década después de que el movimiento de repliegue hubiera comenzado; en ese desfase temporal se dieron algunas transposiciones laterales de menor importancia que favorecieron, una que otra vez, la aparición de nuevas bases en regiones cada vez más remotas, regiones que formaban parte de un territorio guerrillero fuera de disputa. De ello se deriva la dificultad de elaborar una imagen cronológica completamente pulcra, así como, quizá con mayor razón, mis preguntas.

Una vez que su presencia dejó de ser insistente en el paisaje, ¿se trató simplemente de la desaparición de las bases? O, ¿acaso se hicieron menos visibles, en la medida en que sus efectos se adentraron en lo más profundo de su entorno? Esto equivale a preguntar si durante el periodo del repliegue persiste el tiempo anterior del despliegue y, de ser así, cómo. Se trata de preguntar también acerca del despliegue por venir, es decir, sobre el siguiente periodo y los modos en que anima en secreto los horizontes de sus secuelas. ¿Qué tal si ese «siguiente periodo»

² El Alto Huallaga se convirtió en principio en una zona de expansión de Sendero Luminoso por razones directamente asociadas a las operaciones generalizadas de la policía contra las chacras de coca y los campesinos a finales de los setenta y principios de los ochenta. A esas operaciones se les concedió una autorización legal en parte mediante el recurso a un decreto de zona de emergencia (D.L. 22927, República del Perú, 1980), el cual aparentemente se enfocaba en la desestabilización del comercio de cocaína. Los estados de emergencia que se impusieron en respuesta específica al conflicto armado vinieron después, comenzando en octubre de 1984. El decreto de octubre de 1984 se convertiría en la primera de una serie de declaraciones y extensiones que, pese al lapso de cuatro años que siguió al régimen de Fujimori a finales del 2000, se mantuvo hasta el 2015. De acuerdo con la ley constitucional del Perú, los estados de emergencia se pueden imponer por un periodo no mayor a 60 días. Posteriormente se les puede extender, lo cual ocurre con frecuencia. En el Alto Huallaga entre 1984 y el 2000, los decretos de estado de emergencia estipularon el papel fundamental del ejército en las operaciones de contrainsurgencia, con lo cual se les concedía una autoridad que sobrepasaba la de los asuntos civiles locales y de las instituciones estatales, incluyendo la policía. Decretos subsecuentes, desde finales del 2005 hasta mediados del 2015, pondrían de forma inmediata a la Policía Nacional del Perú (PNP) a cargo de la contrainsurgencia, mientras que los militares estaban autorizados a prestar su apoyo cuando fuera necesario. A pesar de que el gobierno nacional no declaró ningún estado de emergencia en el Alto Huallaga desde noviembre del 2000 hasta diciembre del 2005, durante este periodo el ejército peruano y la policía continuaron ejerciendo labores de vigilancia, detención y, en ocasiones, operaciones contra Sendero Luminoso, en la medida en que vestigios del grupo insurgente intentaban reorganizarse y avanzar algunos ataques.

se encuentra ya en operación y siempre lo estuvo? No es posible escapar a estas preguntas incluso si las respuestas resultan ser completamente inadecuadas.

Cuando los fuertes fronterizos quedan desmantelados físicamente, o incluso cuando siguen en operación, aunque de modo aislado e incapaces de intervenir abiertamente en asuntos locales, la furia que los caracterizaba en tiempos de guerra perdura a través de múltiples registros.³ Las historias del conflicto constituyen uno de esos registros. En los recuentos orales de lo que sucedió, las bases regresan, ahora convertidas en un *topos* retórico (lo cual instala un «redoblamiento», por así decirlo, del lugar) que preocupa y avala posturas críticas. En efecto, si no existieran las bases para fungir de locación y respaldo narrativo, muchas de las historias sobre el conflicto simplemente no podrían contarse. Esas historias son vitales para contrarrestar la tendencia a olvidar aquello que de hecho instauró el fundamento *prehistórico* sobre el que descansa el movimiento de la vida y sociabilidad cotidianas en los períodos de posguerra. A su vez, sin esas historias, sería difícil comprender exactamente cómo fue que dicha fundación ocurrió.

Este es un primer punto esencial.

El segundo es no descuidar los cielos.

O con mayor precisión, no menospreciar esa peculiar alianza entre el cielo y la tierra, distinguiendo cada una de las nuevas situaciones políticas, ahí donde la tierra sale al encuentro del más allá a lo largo de un horizonte en constante remisión:

donde el tiempo se hace clima,
donde los helicópteros aparecen por vez primera para luego apagarse como truenos lejanos.

³ Sobre las implicaciones temporales de los vestigios materiales de la guerra moderna, si bien desde una perspectiva centrada en la historia universal, véase el libro de Paul Virilio, *Bunker archéologie* (1991). Pese a que Virilio ofrece algunas referencias a la contrainsurgencia de pasada —sus intereses se enfocan en la carrera armamentista de las «superpotencias» durante la segunda mitad del siglo XX, misma que fue atormentada por el espectro de la aniquilación total—, su discusión de los *relevos [relais]* en el movimiento de la guerra (p. 23) corre en paralelo con muchas de las observaciones anteriores acerca del despliegue/repliegue material de la emergencia política. Considero muy lúcido el análisis de Virilio acerca de cómo el tiempo de la guerra se relaciona con el espacio y que hay momentos en los que las fortificaciones sirven únicamente para retrasar el avance del enemigo mientras que la mayor parte de los «fuertes y blocaos» se transforman en «alarmas» que despertan a las fuerzas armadas de su sueño pacífico (p. 23). Sin embargo, la diferencia entre enemigos externos e internos, y por ende el lugar desde el que los ataques inminentes a la nación pueden surgir, apenas si puede comprenderse como algo menor.

Las historias van en contra del olvido visual que engendra el repliegue mismo mediante el recubrimiento de la mayoría de las bases y, antes de ello, mediante el cese gradual de la vigilancia diaria y la interrupción de los movimientos humanos por el valle. El olvido visual también acaece en otros lugares: en una autopista troncal que ha sido renovada y en una vasta red de carreteras rurales donde alguna vez Sendero Luminoso prohibió la construcción de cualquier tipo de infraestructura de tránsito, pues son este tipo de trabajos de movilidad los que borran los rastros materiales de la guerra o alejan los itinerarios de las personas de los lugares en los que discurrió la violencia. El repoblamiento del campo también ha facilitado la retirada silenciosa de las bases; ahora vive «gente nueva» que puede afirmar que no sabe nada de lo que pasó anteriormente. En ella se encuentran antiguos residentes que al regresar a sus tierras han aprendido a ser tan recientes, tan contemporáneos, poniendo un camuflaje cuidadoso sobre sus viejas simpatías o afiliaciones políticas. Como cualquier otro tiempo político, el posconflicto viene con sus imperativos propios, siendo el más importante la exigencia de que algunos realicen continuamente un acto de desaparición en su entorno: deben fusionarse con el lugar, elaborar una nueva topografía recíproca en la que cualquier polilla se haga invisible en la corteza de un árbol, en la que cualesquiera mariposas se conviertan en hojarasca.⁴

Hay que repetir otro punto, ya obvio a estas alturas: el despliegue/repliegue de las bases de contrainsurgencia tuvo y ha tenido una relación directa con «la emergencia política», es decir, con las recurrentes situaciones de crisis jurídica que ha experimentado el Estado peruano, en las que las relaciones de poder entre el gobierno nacional y el pueblo al que gobierna y dice representar se vuelven inciertas y profundamente inestables. En consecuencia, el despliegue y el repliegue designan categorías distintas del tiempo político-jurídico; ellas trazan

⁴ Desde una perspectiva histórica, los estudios acerca del mimetismo animal han influenciado la experimentación sobre el camuflaje militar, como se hace evidente en la vida y obras del zoólogo inglés Hugh B. Cott. El surrealista y sociólogo francés Roger Caillois realizó extensos comentarios sobre las teorías de la coloración de Cott en su libro de 1962, *Medusa y Cia.* (primera traducción al español, pero publicado originalmente en 1960). No obstante, su intervención más atractiva sobre el tema aparece en un ensayo anterior, de 1938, en el que presenta la noción de «topografía recíproca» para describir cómo es que ciertos insectos se mezclan con el medio circundante con tal precisión que es posible hablar de una «organización mutua» entre los dos. En algunos casos, los insectos tienden con tal fuerza a ciertos terrenos que toman sus rasgos morfológicos. De acuerdo con Caillois, el camuflaje se convierte, en ese punto, en «una verdadera fotografía, pero con forma y relieve, una fotografía en el plano del objeto y no de la imagen, reproducción en el espacio tridimensional, con volumen y profundidad» (Caillois, 1938, p. 128).

un registro conceptual de situaciones ideales que dominan y en gran medida vuelve ininteligible una serie de acontecimientos múltiples y locales, cada uno de los cuales posee sus propias variaciones en cuanto a su intensidad afectiva y tramas materiales. Después de todo, desplegarse y volver a replegarse es más que un mero cambio: es una reorientación imponente. Al considerar lo que las bases hicieron posible, ¿dejarían ellas en la actualidad de *acechar [haunt]* las tierras y poblaciones que alguna vez transformaron? De ser así, ¿dónde está ese acecho y cómo se manifiestan sus rastros?

Aunque la guerra ha terminado, apenas ha acabado. En este texto rastreo las bases de contrainsurgencia desde su era anterior de despliegue a través de los nodos que forman en una hebra específica. Ofrezco una reflexión sobre el tipo de encuentros que los fuertes del ejército provocaron para los transportistas locales —conductores de carros y boteros— mientras llevaban pasajeros en las carreteras y ríos del Alto Huallaga: transportistas que después compartieron sus recuentos conmigo. Sus historias quedan entrelazadas con reflexiones provenientes de mis propias experiencias de la región, desde los momentos en que las bases ejercían una sólida presión sobre las rutinas sociales y atmósferas de la vida ordinaria, hasta su casi desaparición: una serie de visitas y estancias en campo desde mediados de los noventa que permanecen intrincadas para mí. Ellas forman una constelación de líneas temporales que serpentean y se recomponen a sí mismas de forma retrospectiva una y otra vez en mi propia escritura de los acontecimientos.

tanqueada

Mis reflexiones toman una ruta lateral. En lugar de iniciar con las bases, o tan siquiera con los operadores de tránsito, comienzan con un encuentro improbable en la ciudad de Tingo María durante una noche lluviosa de un lunes hace más de 20 años. Recién había terminado de cenar con Yéssica, una joven dedicada al comercio de cocaína a quien había conocido unos meses antes. Nuestro primer encuentro ocurrió en Lima y nos llevó a una serie de conversaciones semanales en las que ella iba revelando algo de su vida. Yéssica describía de qué manera aprendió, cuando aún era una adolescente en el pueblo de Nuevo Progreso en el Alto Huallaga, los modos locales del comercio de drogas antes de convertirse en una traquetera que transportaba cocaína con regularidad desde el centro de Perú hacia Colombia a través de Iquitos. En aquellas primeras conversaciones también compartió algo de su conocimiento íntimo de la historia reciente del Huallaga, si bien era una versión centrada en transacciones y transbordos ilícitos, donde

los enfrentamientos con la policía prevalecían mucho más que los con el ejército. Las bases de contrainsurgencia apenas figuraban en su versión de la historia regional, quizá porque cuando el impulso vertiginoso del comercio de cocaína empezó a alejarse de Tocache y Uchiza a finales de los ochenta, ella lo siguió hasta Aguaytía, lo cual significa que Yéssica dejó el Alto Huallaga al tiempo que las fuerzas armadas desplegaban sus bases a lo largo y ancho del territorio.⁵

Ahora que nos encontrábamos en Tingo María, nuestros caminos convergieron mucho más cerca de su lugar de trabajo. Con ella todo era un secreto, siempre pendiente de un hilo; nuestros planes para cenar parecían irrealizables hasta que tres horas y media después, y un sinnúmero de llamadas desde un teléfono público, contestaba su celular; por fin libre, prometía pasar por mí en una mototaxi, para luego dirigirnos a un chifa llamado El Pato Donald. En Tingo, Yéssica lucía diferente: más tranquila que en Lima, llena de confianza en sí misma, como quien se mueve en un mundo en el que sabe exactamente lo que necesita hacer. Era claro que algo estaba a punto de ocurrir, pero ella no dejaba que nada se le escapara, excepto para decir que la cena de esa noche junto con algunas horas de la mañana siguiente serían el único momento libre que tendría. Así, entre platos de arroz chaufa y una enorme botella de Inca Cola, hablábamos de ir en la mañana a visitar al curandero que había contratado para que la protegiera durante su siguiente viaje. Mientras salíamos del restaurante, con el cielo nocturno amenazando con un nuevo chubasco, me disponía a despedirme cuando Yésicca dijo que no. Antes tendría yo que pasar por su hotel: había alguien a quien tenía que conocer.

Unas cuadras más adelante, subimos un tramo de escaleras hasta la recepción de un hotel que tenía el aire desalentador de un alojamiento en mal estado. Luego de pasar muchas puertas a lo largo del pasillo, Yéssica se detuvo en un cuarto. La puerta se abrió y encontramos adentro a su «prima» Elisa y a un joven llamado «Walter», quien supuse era el compañero de Yéssica o alguien a quien había contratado para ayudarle con un envío inminente. No sabía cuál, ni tampoco pregunté. Yéssica me presentó como alguien dedicado al estudio de la historia de la región, llamándome «escritor de libros», no sin que me sorprendiera o avergonzara pues nunca había escrito ni uno.

⁵ Aproximadamente en la misma época, 1989 y los años que le siguieron, también se desplegaron bases militares desde Tingo María a lo largo de la carretera Central hasta el kilómetro 86, donde la jurisdicción siguiente era otra y estaba en manos de la marina, hasta llegar a la ciudad de Pucallpa. Sin embargo, las historias que contaba Yéssica pertenecía en su gran mayoría a una época anterior a los intentos del ejército de ocupar el Alto Huallaga.

Dirigiéndose a Walter, le dijo que me contara de su periodo en el ejército. Walter obedeció y se describió a sí mismo, con un cierto aire de satisfacción, como un ex fuerza especial. Nos explicó que había tenido su primer entrenamiento como comando en la sierra, el cual completó posteriormente en Tingo María y Tarapoto, antes de que lo enviaran a las bases en Aucayacu, Ramal de Aspuzana, Madre Mía y Tocache, todos ellos lugares donde el conflicto con Sendero Luminoso había sido particularmente intenso. Aquellos fueron años, dijo Walter, en los que el gobierno le daba carta blanca al ejército para hacer lo que según él era su «trabajo». Aquí Yéssica interrumpió: «Noooo... Dile lo que le hiciste a los terroristas». Y Walter añadió sin más: «¡Los cortamos en pedazos! En la sierra nos dieron perros para entrenarnos; acá nos dieron terroristas. Todo el mundo tenía que cortar».

Si Walter decía la verdad, no se trataba entonces de un simple novato esperando a que su servicio obligatorio expirara. Pero era difícil, casi imposible, aferrarse a la cordura, razón por la cual afirmaba que no había comando alguno en Huallaga que no recurriera a las drogas. Con todo, Walter me hizo saber que, en cuanto fuerza especial, ellos se encontraban en la cúspide del mundo: sus hombros y cabezas por encima del resto, por encima de Sendero Luminoso, sin lugar a dudas. Muy pocos terroristas, quizás unos dos o tres, llegaron a defender sus principios con convicción. La mayoría simplemente cantaban al toque.

Con los narcos, Walter se reía, él y otros comandos hacían lo que quisieran. Si necesitaban transporte, simplemente detenían un *traqueta* y le decían que les diera la moto.

«¿Está tanqueada? ¡Llévala a tanquear y tráemela!».

Después, cuando los comandos regresaban la moto, si es que lo hacían, el sistema de arrastre estaba destrozado, pero el *traqueta* no podía decir nada, mucho menos hacer algo al respecto.

De nuevo, Yéssica interrumpía, pero ahora para terminar la conversación. Era tarde, decía; Walter tenía que partir antes del amanecer. Yéssica, por lo que pude ver, quería que Walter me contara cómo era que los militares trataban a la gente que acusaban de tener nexos con Sendero Luminoso, y eso fue lo que hizo. Por tanto, nos despedimos y nunca más nos volvimos a ver. Este fugaz encuentro no solo era improbable porque no lo había buscado, sino porque las relaciones sociales que hacían posible el trabajo de campo que realizaba exigían que me mantuviera distante de las fuerzas armadas. Y, sin embargo, el encuentro con Walter no me resultaba del todo ajeno. Compartía algunos rasgos cruciales con otros que había

tenido en pueblos y caseríos al norte de Tingo: me veía con alguien de pasada y, gracias a la intermediación de una amistad común, esa persona revelaba un fragmento notable de la historia local, para que, acto seguido, nuestros caminos se alejaran y no volvieran a coincidir nunca.

La violencia del ejército —el desmembramiento en vida de las personas que capturaba— no era un fragmento de ese tipo aquí. Walter simplemente confirmó lo que había escuchado en muchas ocasiones en boca de otros, si bien no de alguien que afirmara haber participado directamente en dichos actos. No; lo que Walter había revelado era algo más, algo que de inmediato me dio la impresión de ser especialmente significativo, incluso si en ese momento no sabía qué hacer con ello. Nunca alguien había recalcado con tal vivacidad el papel tan importante que jugaba el acto de confiscar vehículos durante la ocupación militar de la región, y ciertamente de una forma que yo no olvidaría, razón por la cual nuestra conversación se sintió extraordinaria de alguna manera.

la llave

Algunos fragmentos del trabajo de campo se convierten en imágenes que no solo perduran, sino que se vuelven insistentes. Tal vez era la manera en que un antiguo soldado canalizaba su sensación de tener un poder aplastante al describir las interacciones que sostenía con personas dedicadas al comercio de cocaína. De repente era esa suerte de regocijo que expresaba al contarme cómo fue que él y otros comandos se llevaron esas mismas cosas que los narcos y traqueteros más apreciaban y presumían —sus carros y motos—, dándoles a esas personas órdenes sin más, tratándoles con desprecio y, al hacerlo, demostrándoles el lugar subordinado que ocupaban en la jerarquía local. Todos estos años después, este fragmento —*¿Está tanqueada? Llévala a tanquear y tráemela*— es lo que más persiste de aquella breve conversación.

Regreso ahora a ese fragmento porque pone de relieve las transformaciones territoriales que acaecieron con la llegada de las bases de contrainsurgencia. El poder de confiscar la movilidad revela algo vital acerca de cómo fue que esas bases extendieron sus alcances más allá de sus estructuras físicas, reconfigurando con ello los terrenos locales y habitados del valle. Todo ocurrió a expensas no solo (o quizás no primordialmente) de la detención y asesinato de los sospechosos de ser insurgentes sino a través de las capturas más amplias de tiempo y movimiento. Durante los años más intensos del despliegue, no fue tanto la *extrema* —las imágenes y procedimiento de horror de las fuerzas militares—, sino lo que

ocurría a su alrededor y se alejaba de ella, lo que se hizo parte intrínseca de la vida cotidiana en Huallaga (Kernaghan, 2009).

Al menos esa es la intuición que me guía.

La conversación con Walter contiene la chispa de esta pesquisa, aunque sea para darse la vuelta y alejarse rápidamente de aquellos que trabajaron en la economía de la cocaína. Después de todo, esas personas estaban acostumbradas a perder sus carros y motos, no solo en manos del ejército. En las comunidades al norte de Tingo María, es materia de leyenda local que, en la década de 1970, cuando la policía detenía a un operador de drogas acaudalado en el pueblo o en la carretera, este resolvía el «problema legal» haciendo entrega de las llaves del carro que manejaba. Esa forma de apropiación distaba de ser novedosa, pero con la instalación de las bases armadas, no solo se extendió, sino que adquirió nuevos objetivos.

Hugo Taboada, el conductor veterano del Comité de Autos Número Uno en Tingo María, explica que en más de 25 años de estar yendo y viniendo por la carretera Marginal —que conecta Aucayacu, Nuevo Progreso, e incluso Tocache— no importaba cuán mal estaban las cosas, se mantenía impávido. En aquel entonces y ahora, tratar con la policía y sus retenes ha sido una parte básica del trabajo de todos los conductores del comité. Ellos son expertos en el manejo de las coimas, extorsiones insignificantes, y otras perturbaciones de bajo nivel que surgen inevitablemente. Ciento, me decía Hugo, que la policía en ocasiones le pedía prestado a los conductores sus vehículos, pero nunca los presionaban físicamente. Los soldados, por su parte, no dudaban en hacer valer su voluntad: daban golpes y patadas hasta que el conductor abandonara el vehículo, y le ordenaban a cualquier otra persona dentro que se saliera y se llevara sus pertenencias.

A principios de los noventa, los soldados confiscaban carros y camionetas desde Aucayacu hasta Tocache —Hugo no tuvo conocimiento directo de las localidades más al norte—, cada vez que el ejército iba a comenzar un operativo grande en el campo, cosa que parecía ocurrir a diario por aquel entonces. Un sargento se aparecía en la oficina del comité en Aucayacu y señalaba cualquier sedán estacionado en frente: «¿De quién es ese carro? El capitán necesita el carro... ¿la llave?».

Estas preguntas constituían estocadas directas a los puntos más sensibles. Y a cualquier conductor que osara rehusarse, Hugo recuerda la cínica respuesta de un sargento: «ay, que valiente eres», antes de mandar a sus soldados a que lo cogieran a culatazos. Por si fuera poco, terminaban llevándose el carro. Luego venía la espera, el conductor sin trabajo, sin dinero, dos, tres días, hasta que los soldados traían el carro de vuelta: abollonado, con el motor y la suspensión dañados y sin una gota de gasolina.

La práctica de incautar carros y camionetas se hizo rutinaria, de acuerdo con Hugo, si bien era una cuestión de sincronización que te pasara o no. Algunas veces, al llegar al pueblo los otros conductores del comité te decían, ¡pucha, acaban de llevarse tres, cuatro carros! Así era. Cada base exigía sus vehículos, pero era la base de Aucayacu la que más demandaba.

Los soldados también cerraban la carretera Marginal durante horas. Al parar el primer carro en llegar, le decían al conductor que parqueara el vehículo perpendicular al flujo del tráfico. La única justificación que ofrecían era: hay operativo (cuando salían a patrullar para perseguir de cerca a los terrucos). En este punto, Hugo hacía eco de algo que le había escuchado a otros: Ollanta Humala era conocido por los cierres frecuentes de la carretera cerca de la base de Madre Mía. Sus soldados solo decían, «hay operativo». Las y los residentes locales explicaban: los soldados detenían el tráfico cada vez que necesitaban que la carretera fungiera de pista para el aterrizaje de los aviones cargados con drogas. No había otra opción que esperar, y si algún conductor se molestaba, los soldados se lo llevaban por las largas escaleras que conducían al «cuartel del Capitán Carlos» (de quien, por supuesto, no se sabía que era Humala, mucho menos que se convertiría en presidente de Perú).⁶

Los cierres de la carretera, la incautación de vehículos, al igual que los retenes, se convirtieron en apéndices procedimentales del sistema de bases militares: cada uno precipitaba un cierto tipo de encuentro, con lo cual me refiero a los típicos requerimientos y horizonte de acontecimientos que reorganizaban el patrón de la vida cotidiana. Esos géneros expresaban marcos de probabilidad que las bases creaban mediante modos específicos de acentuar, pero también de hacer palpitar, las experiencias locales de tiempo y movimiento.⁷ Con el despliegue de las bases, las circunstancias por medio de las cuales alguien podía encontrar a los soldados se multiplicaban. Y, no obstante, cada encuentro individual tenía su ritmo singular que llenaba y, en ocasiones, desbordaba el marco. Mientras que los marcos de probabilidad introducen intervalos en un entorno más amplio, nunca hay certeza de lo que se cuece en su interior. Esto equivale a decir que los encuentros, sin importar cuán estrictos se delinearan, permanecían porosos, permeables desde ángulos imprevistos de escape.

⁶ Ollanta Moisés Humala Tasso, presidente de Perú (2011-2016).

⁷ Sobre la noción de «marcos de probabilidad», tomada de la teoría arquitectónica de Bernard Cache, véase el capítulo 1 de mi libro *Crossing the Current* (Kernaghan, 2022).

el resplandor

Los fuertes fronterizos eran tanto islas como semillas del Estado peruano, cada uno un aparato para fundar un nuevo orden legal. Tomados en conjunto, formaban un archipiélago interconectado mediante ondas de radio y helicópteros que se acercaban periódicamente (desde Tingo María). Tomados en conjunto, proyectaban una malla elástica que reordenaba el valle al reclamar toda la tierra y (potencialmente) todo lo que se moviera en y con ella.

En el Alto Huallaga, la red de bases militares no se desplegó de un solo golpe. Aucayacu fue uno de los primeros precursores (1984), seguido cuatro y cinco años más tarde por las ciudades de Uchiza, Tocache y Nuevo Progreso, con pueblos de la margen derecha del río, al norte de Tingo María, cubiertos de forma estratégica aquí y allá hasta llegar a Juanjuí.⁸ Las fuerzas armadas ocuparon posiciones en los puntos limítrofes del terreno físico del valle, con los fuertes posados en las partes altas de las montañas que colindan con la carretera Marginal y que, en algunos casos, se adueñaron de los mismos lugares desde los que Sendero Luminoso había emboscado a las patrullas armadas. Tomaron las alturas,⁹ pero también se hicieron sentir hasta las partes bajas donde se encontraban las corrientes: en los principales pueblos que cubren las riberas del río Huallaga y, sobre todo, en los puertos en los que los vaderos con sus botes les daban acceso al costado izquierdo del río y, de ahí, al corazón de los territorios de Sendero Luminoso. Sin importar

⁸ En la región de Huallaga, el archipiélago de fuertes de contrainsurgencia llegó a su máxima extensión a mediados de la década de 1990. Sin embargo, esta discusión se limita a la porción del campo al norte de Tingo María, comenzando inmediatamente después de que la carretera Marginal se separa de la Central para seguir a lo largo del río Huallaga hasta llegar a Tocache. Dentro de este trayecto se encontraban las bases situadas directamente sobre la carretera antes de Aucayacu en Tulumayo, Pendencia, Pueblo Nuevo y Anda, y luego pasando Aucayacu, por encima del puente Honoris, Pucayacu, Madre Mía, Nuevo Progreso y Río Uchiza. Con excepción de una base permanente en el pueblo de Uchiza a finales de los ochentas, y la ocupación temporal del caserío de Paraíso (1990-1991) al sur de Tocache, solo sería hasta después que el ejército extendiera su sistema de bases a la orilla izquierda del Huallaga, zona que históricamente había sido la retaguardia rural y el dominio de mayor apoyo a Sendero Luminoso —con fuertes en Merced de Locro (aproximadamente 1995), Venenillo (aproximadamente 1995), Primavera (2000) y luego en Yanajanca (2013) mucho después—, es decir, después de que el Estado peruano tuviera bajo control la situación militar.

⁹ El ejército también tomó las alturas gracias al control del espacio aéreo, el cual quedaba demostrado con sus helicópteros así como por las facilidades que ofrecían los comandantes de las bases para el aterrizaje y despegue de los aviones de drogas que llevaban cocaína y dinero entre Perú y Colombia (una alianza narco-ejército y anti-Sendero que duró por muchos años a principios de los noventas hasta que las Fuerzas Aéreas peruanas impusieron una prohibición a los vuelos sobre el área completa, con ayuda de proveedores de la CIA).

su posición, no obstante, las bases imponían distancias que se extendían entre los extremos terminales, con la semilla del poder estatal haciendo un barrido de toda persona que cayera en su dominio, desde lo más elevado en lo alto hasta lo más hondo en lo bajo.

Así es como se hacen los cimientos, y quizá por eso los fuertes y guarniciones militares son lugares tan básicos, desde los romanos y mucho antes.

Los encuentros con los soldados, sin embargo, ocurrían menos en la distancia que en la proximidad del cara a cara, con lo cual se creaban momentos en los que la distancia con la base parecía derrumbarse, mediante la captura e incorporación violenta al interior del fuerte más cercano.

No puedo detenerme aquí a hablar de la arquitectura o de las configuraciones internas tan específicas que tenían estos lugares de inserción. Más allá de un puñado de visitas cortas, pasé muy poco tiempo al interior de estos lugares. Y, si bien los aspectos de esos interiores aparecen en algunas de las historias que me han contado, esas historias no se cuentan entre las que aquí comparto. Pese a ello, los actos extremos que ocurrieron al interior y detrás de los muros de las instalaciones individuales fueron cruciales para los cambios gravitacionales que el sistema de fuertes de la armada desencadenó: se trató de efectos que circularon allende las fronteras de cualquier localidad específica que hubieran ocupado, efectos que llenaron los vastos espacios que las mismas bases crearon.

Muchos de esos efectos estaban en el orden de la percepción. En la medida en que se posaron en las alturas, los fuertes no solo puntuaron el paisaje; también reorientaron la mirada. Asimismo, reafirmaron su presencia mediante todo tipo de sondeos, tanto desde el interior de sus muros —disparos aleatorios y cantos nocturnos— como desde el exterior de estos —canciones cadenciosas de soldados trotando a través del pueblo o sobre la carretera—. Pero los efectos más generalizados tomaron lugar gracias a los modos en que las bases reconfiguraron las experiencias locales del tiempo y el terreno al interrumpir los movimientos de las personas entre los pueblos, pero también desde y hacia el campo. Cada base reposaba en las cercanías de los ríos y carreteras donde la armada había establecido estaciones de vigilancia para observar, marcar y detener lo que fuera que se aproximara. En el día, los soldados detenían el tráfico, pedían identificaciones y preguntaban acerca de los destinos y razones del viaje. Los retenes forzaban la detención del movimiento, imponían una espera y luego, para la mayoría, obligaba a que el movimiento reiniciara. Al hacerlo, liberaban afectos que eran palpables, específicos del periodo debido a las peculiares formas en que mezclaban la hospitalidad y la hostilidad. Si bien los *cruces* con los soldados

podían ser discretos y en algunos casos incluso cordiales, durante el despliegue la amenaza de ser detenidos era algo que siempre acechaba.¹⁰

A lo largo de la ribera derecha del río Huallaga, los miliares ubicaban con frecuencia sus fuertes en las cimas, de tal manera que solo era posible verlos desde ciertos ángulos. Al ser detenidos abajo en la carretera, los viajeros podían ver las bases en lo alto, pero ello requería con frecuencia que se voltearan y estiraran en un ángulo muy marcado para poder echar un vistazo parcial y precavido. Ahí, posado en las cimas, apartado, revoloteando, esperando: un centelleo.

Los resplandores enceguecedores del territorio, enfrentándose cara a cara con las bolas de fuego, doblándose de vez en cuando con los rayos opresivos y penetrantes del sol de Huallaga.

Y en ese sencillo acto de mirar, pero también al rehusarse a hacerlo, se abría una distancia cargada. Tanto en el estiramiento para ver como en el voltear a otro lado, la base se deslizaba por las laderas hasta tocar a cada una de las personas que pasaban. Ahí estaba la espera que creaban los retenes: tiempo para ponderar la posibilidad de que, sin aviso, te tomaran, subieran por unas escaleras y quedaras para siempre lejos de lo visible.

Las fuerzas armadas ponían signos fuera de los muros de la base y en ocasiones los grababan en los alrededores. En ellos se exhibía una iconografía militar, pero también aparecían frases breves como «Te estamos observando», «Estamos en guerra», «La orden es atacar». Visibles a la luz del día e imposibles de ignorar, pero todos parecían hacerlo, como si la curiosidad fuera una mala idea. Cuán extraño resulta este emparejamiento: la provocación de echar un vistazo hacia arriba, o en derredor, mezclado con la disuasión de que cualquier mirada perdurara. Tomar fotografías de los sitios militares estaba prohibido, pero ¿dónde se trazaba la línea para las miradas permitidas? Quizá no era prudente preguntarlo, quizás era mejor seguir de largo. Quienes residían en las cercanías se enfrentaban a un predicamento diferente: tenían que vivir con las bases en la periferia de su

¹⁰ Taussig, en su libro *La magia del Estado* (1997), describe las incertidumbres, potencialmente desconcertantes, que produce pasar por los retenes de policía. Los intensos presentimientos que estos momentos hacen posibles se pueden rastrear a una permeabilidad mucho más fundamental, la cual Serres ha adscrito a todo tipo de encuentros sociales. Esto se debe, en parte, a cómo la hospitalidad siempre se mueve cerca de la guerra: «el principio de incertidumbre *hostes hospites*, o, mejor, *hospites imbelles hostes*, hace que el muro sea poroso, hace que los límites retiemblen y hace borrosa la definición» (Serres, 1983, cap. 5). Y tal vez lo más irritante de esos períodos en los que la comunidad política se encuentra en guerra consigo misma es el modo en que las líneas de hostilidad terminan entrelazadas con aquellas de la hospitalidad, una y otra vez, negando cualquier garantía de distinguir claramente al amigo del enemigo.

campo visual y con los rumores que rondaban sobre lo que ocurría en lo alto de las colinas o en los campos que se escondían tras las paredes.

Figura 2. Puente Honoris



Fuente: Richard Kernaghan.

Los fuertes fronterizos crearon anticipaciones rutinarias, alentadas por los signos y los rumores de lo que ocurría en su interior. Conocer los lugares que usualmente ocupaban los soldados —carreteras, calles de pueblos y puertos— disponía una fina capa de certeza: un marco. Con este conocimiento, era posible evadir por completo esos lugares. Los transportistas, sin embargo, estaban prácticamente encerrados en los ritmos e itinerarios de su oficio y en las carreteras y corrientes que no podían alterar. No tenían otra opción que ir a esos encuentros de frente,¹¹ con la expectativa de la próxima interrupción, pero también con la aprehensión de lo que pudiera salir mal —cosa a la que se enfrentaban cuando el ejército incautaba sus vehículos, poniendo su subsistencia, y en ocasiones sus vidas, en riesgo— todo por un trabajo, por supuesto, pero más aún por mantener la persistencia regular de un *servicio público* durante la guerra.

¹¹ En ocasiones, los retenes aparecían de forma repentina en cualquier curva de la carretera, con lo cual creaban un tipo de sorpresa rutinaria. En ocasiones, la base ni siquiera era visible, sino que se encontraba metida en lo alto (Tulumayo), tras las espaldas de los viajeros cuya vista estaba orientada hacia el flujo del tráfico. En otras, el retén surgía a lo largo de una extensa recta (Anda, Pueblo Nuevo), acercándose lentamente hasta que el conductor detenía el vehículo.

la hembrita

Trabajando como botero «tuve muchas fricciones con el ejército», me contaba Wilson una noche, sentados en su casa cerca de Malecón Huallaga. Todo comenzó a finales de los ochenta, luego del asalto nocturno que perpetró Sendero Luminoso sobre el fuerte de Madre Mía, en la que sería hasta ese momento la operación insurgente más grande y probablemente la más desastrosa de la guerra para el Partido. Ese ataque, en la versión que me compartió Wilson, reveló hasta qué punto la logística de la insurgencia dependía de los boteros que reclutaban y obligaban a servirles. Después de eso, el ejército comenzó a restringir los movimientos de los boteros a lo largo del valle, con un especial interés, según Wilson, en los boteros de Magdalena: los iban matando uno a uno.

Wilson se encontraba entre los pocos que tuvieron suerte y lograron escapar, y aquella noche, mientras nos relajábamos luego de cenar con su esposa, Tina, me compartió un fragmento de todo lo que había ocurrido. Wilson hablaba de la guerra, mientras Tina y yo lo escuchábamos, con una voz firme en medio del suave murmullo de los saltamontes y las cigarras que zumbaban desde fuera, con algunos cortes ocasionales por las mototaxis, yendo y viniendo por las calles, cerca o lejos, incluso tocando las bocinas. Wilson habló en medio de las interrupciones que provocaba el eco de las conversaciones cercanas al rebotar en las paredes de cemento descubierto, así como aquellas que ocasionaban sus hijos ya grandes al llegar uno por uno, haciendo que Tina se levantara de su silla con cada entrada para acompañarlos a la cocina y preguntarles, uno a uno, qué les podía ofrecer de comer.

Al hablar de la guerra, Wilson me dijo que la región de Magdalena, en la margen izquierda, desde el comienzo apareció como una de las zonas claves de apoyo rural para Sendero Luminoso. En efecto, era una de las más fuertes del campo. Ahí, los combatientes se reunían para planear ataques armados, incluyendo aquella operación tan singular y funesta contra Madre Mía. En Magdalena, Wilson tenía unas tierras en las que cultivaba coca. Desde los comienzos de la década también había trabajado con su bote, junto a una docena o más de boteros que le ofrecían sus servicios de transporte a una comunidad de colonos, cada vez más grande, que prosperaba por aquel entonces gracias a la nueva promesa de la cocaína. A diario, Wilson hacía el viaje de dos horas que separaba las chacras y los asentamientos a lo largo del río Magdalena del pequeño pueblo de Ramal de Aspuzana en la margen derecha del Huallaga. Wilson llevaba a personas y cargamentos de ida y venida diariamente durante los ochenta, hasta que los militares se dieron cuenta.

Al deducir que Ramal, debido a su posición estratégica justo al otro lado de las aguas del Magdalena y cerca de Madre Mía por carretera, era la vía de apoyo a través de la cual Sendero Luminoso recibía provisiones y canalizaba a sus combatientes,¹² el ejército instaló un destacamento avanzado junto al puerto del pueblo. De repente, cualquier botero que saliera de Ramal tenía que habérselas con la presencia constante de soldados, quienes monitoreaban el tráfico que circulaba de un lado al otro. La transferencia de provisiones a la margen izquierda quedó prohibida y se hizo imposible llegar a plena luz del día en carros con suministros para cargarlos en los botes. Wilson pronto captó, sin embargo, que los botes que salían de otros puntos diferentes a lo largo del río Huallaga corrían menos riesgo de escrutinio militar, ofreciendo así una salida inmediata al bloqueo. De esta manera, Wilson se hizo de una buena cantidad de dinero, al menos durante un tiempo, llevando provisiones a Magdalena desde su hogar en Aucayacu, el cual se encuentra a una o dos horas de Ramal río arriba, dependiendo de las condiciones del clima y la dirección en la que se viajaba.

En esos viajes Wilson evitaba lo más posible Ramal. No obstante, en una ocasión, quizás al quedarse corto de combustible, no tuvo otra opción que atracar ahí. Aún así, a los soldados, todos en lo último de la adolescencia o al menos con aspecto de hombres que apenas llegan a serlo, normalmente se les podía convencer. Después de todo, estaban ahí solo porque tenían que cumplir con su servicio militar obligatorio. Por lo tanto, si Wilson «les daba alguito», una moneda en sus manos bastaba para que lo dejaran pasar con un «vete nomás» para que lo dejaran pasar.

Wilson insistía en que los alimentos que transportaba no eran para la guerrilla sino para «la masa... o sea de la gente». En vista de esta distinción crucial, y para él obvia, Wilson justificaba sus acciones: se apoyaba en la misma diferencia categórica que el ejército pretendía borrar. Este trabajo conceptual no ocurrió de la nada. Antes de que el gobierno peruano declarara el estado de emergencia específicamente relacionado con el conflicto armado en el Huallaga,¹³ Sendero Luminoso había buscado la reducción significativa de la distancia entre el Partido y las comunidades rurales mediante los presupuestos categóricos de una guerra popular. Aquí Wilson invocaba la palabra *masa*, antes de corregirse a sí mismo y sustituirla por el término más ordinario y menos políticamente cargado de *la*

¹² En efecto, Wilson denominaba a Ramal de Aspuzana «el ombligo» del territorio de Sendero Luminoso por el modo en que el pueblo favorecía la comunicación entre las áreas de influencia y poderío insurgentes en la orilla izquierda con aquellas de la derecha.

¹³ En octubre de 1984. Véase la nota al pie núm. 2.

gente. Y había una razón para ello: la *masa* reiteraba el modo en que Sendero Luminoso designaba a las poblaciones locales que aspiraba a incorporar a su lucha armada. La contraparte: durante mucho tiempo, los principales consejos que daba el ejército fueron que los residentes de la margen izquierda debían huir de sus chacras, debían mudarse al territorio del Estado cruzando el río, o bien debían ir más lejos aún y abandonar el Huallaga por completo.

Pregunta y respuesta, amigo y enemigo, pues todos aquellos que hubieran decidido quedarse en sus chacras echaron suertes y pusieron su destino final en manos de la guerrilla para hacerse ahí indistinguibles.

Un día, un capitán del ejército ubicado en Ramal recibió una pista acerca de un botero que llevaba víveres a Magdalena. Le dijo a sus soldados que estuvieran vigilantes y, en la siguiente ocasión que Wilson llegó al puerto, ahí estaban esperando.

Aquí, como en otros lugares, la narración que Wilson hacía de sus viajes y encuentros contenía poco o ningún detalle sensorial, lo cual me llevaba a pensar en los abrasadores rayos del sol de aquel día: persiguiendo con resplandores implacables, obligando a mirar con recelo, hundiéndose en cada pedazo de piel expuesta. Parchar. Curar. Endurecer. O tal vez ese día amaneció el cielo nublado, con vientos que cambiaban lentamente, trayendo una brisa fugaz, fría y húmeda: presagios de lluvias que se acercaban, siguiendo una agitación hacia adelante, *acerándose*, en el vaivén del Huallaga, de un lado a otro, rebotando de nuevo contra las orillas, en innumerables remolinos y torbellinos, que Wilson bordeaba, que Wilson dispersaba, cada vez que inclinaba con destreza la delgada proa del bote hacia la orilla.

«Me chapó y me llevaron pues», dijo Wilson, mientras el sonido de las chanclas de Tina dejaba un rastro audible detrás de nosotros, desde la cocina hacia la calle. «Me dijeron...», su voz cambiaba ahora para expresar las palabras de un soldado, lacónico y contundente: «El capitán quiere hablar contigo, pero ahorita no está», después de lo cual lo escoltaron a una distancia corta del cuartel, diciéndole que tendría que esperar adentro a que regresara el capitán.

Wilson se encontró a sí mismo detenido, con su bote confiscado.

«Lo que no mencionaron», explicaba, «era que ellos ya habían recibido la orden de descargar: porque *ese bote*—su voz haciendo una inflexión de nuevo—es para *los tíos*».

Se referían a *los tíos* y *las tías*, es decir, para Sendero Luminoso.

Al interior del cuartel, un teniente le ordenaba a los soldados que amarraran las manos de Wilson. Luego caminó hacia él, empujó a Wilson al suelo y parecía listo para golpearlo cuando una voz femenina lo llamó desde el otro lado del cuarto:

«Teniente... ¿Qué está haciendo con mi tío?»

El teniente se detuvo y volteó a ver arriba. Wilson siguió su mirada a través del cuarto hasta posarse en una joven que Wilson inmediatamente reconoció. Su sobrina no era, pero se trataba de alguien a quien en otra ocasión había sacado de apuros al llevarla de la orilla izquierda a la derecha. Y ahí estaba de nuevo, ahora sentada, en la oficina del capitán.

«Me iban a matar pues», dijo Wilson, y como si enfatizara algo que para él era ya la conclusión anticipada: «con las manos atadas ahí».

La mujer se dirigió ahora hacia el teniente. Y con Wilson aún en el suelo, le hizo un gesto sutil. Un movimiento discreto con la mano, dijo Wilson, solo para él... Pero sin sus manos sueltas, ¿con qué señal podría responder?

«¿Tu tío es?», preguntó el teniente.

«Sí», dijo ella, con una voz que Wilson imitó con sus palabras: suave, tranquila, deliberada, firme.

«Es que el capitán ha ordenado para detenerlo pues».

«Pero él no está detenido», replicó ella, «está amarrado, ¿por qué lo has amarrado?».

«Es una orden, nosotros cumplimos».

«¿Dónde está tu capitán?».

Cuando el teniente respondió «Madre Mía», ella le pidió que llamara por radio a la base, lo cual hizo el teniente pero solo para darse cuenta de que el capitán estaba ya de regreso. Un momento después, el capitán entró y la joven se volteó para mirarlo.

«Mira», dijo ella, «¿sabes qué? así como tú mandas a tus soldados, yo te estoy dando una orden *a ti*: Desátalo».

En este punto, tal vez para asegurarse que no me estuviera perdiendo en su historia, Wilson hizo una pausa para mencionar algo: «Porque era *su hembrita*», que otra cosa si no esa podría explicar la manera en que ella habló y el poder que sus palabras tenían sobre el capitán.

Y ahí se mantuvo, firme: «Yo te ordeno a ti, y si no lo sueltas, te voy a reportar: ¿Por qué están torturando a mi tío?»

Y el capitán, «Está transportando víveres».

«Pero esos víveres», insistió ella, «son para *la masa*». Ahí estaba de nuevo: *la masa*, esa palabra para y de otro tiempo. Ella les indicaba que no eran para Sendero Luminoso. «Yo sé de eso, suéltalo».

Para sorpresa de Wilson, el capitán cedió y le dijo a un soldado que le desatara las manos. Así, de repente, Wilson estaba libre de irse. La mujer acompañó a Wilson afuera hasta llegar a la orilla, donde descubrió que su bote estaba vacío. Apuntando a su bote, Wilson indicó que su cargamento ya no estaba. Y para la amiga del capitán, que para efectos de lo que ocurría seguía siendo la sobrina de Wilson, era más que suficiente. «¡Carguen ese bote!», les dijo, y los soldados de inmediato regresaron lo que se habían llevado.

Con el cargamento de vuelta y asegurado, Wilson subió y caminó hacia la popa, donde estaba el motor. Mientras se agachaba para jalar la cuerda y encenderlo, la mujer le dijo, lo suficientemente fuerte como para todos la oyeron: «Ya tío, saludos a mi tía».

Wilson arrancó y, después de hacerle un gesto de despedida, se alejó de la orilla para luego voltear la proa y dirigirse en dirección contraria a la boca del Magdalena, río abajo, de vuelta a Aucayacu.

Wilson dijo que solo había visto a esa mujer una vez, en un momento de sumo peligro para ella, desesperada por abandonar la margen izquierda. Él no sabía nada, excepto que tenía una riña con uno de los grupos locales que almacenaban cocaína sin procesar en las cercanías: «La habían botado de ahí, entonces yo la recogí y la llevé a Ramal».

En la segunda y última ocasión en que sus caminos se cruzaron, dijo Wilson, no lo sabía con certeza, pero por la manera en que la mujer le daba órdenes al capitán, solo podía suponer que se trataba de su amante. El modo en que repartía órdenes, se reía Wilson, la hacía parecer como si estuviera a cargo. Y gracias a ello, salvó su vida.

Wilson no dio descripción física alguna. Pero su recuento de todos modos delineaba una imagen de ella, una imagen que pendía de la frase *su hembrita*, la cual se repite en mi cabeza cada vez que regreso a esta historia. *Hembra* pone el acento en todo lo carnal, y el diminutivo, *hembrita*, refleja también un cierto cariño y, si no literalmente, de forma figurada, su baja estatura. Y de lo que quedaba de la historia, a las claras se trataba de una mujer inteligente e igualmente fuerte. Que su poder no solo actuara sobre el capitán, sino que también se apropiara de la fuerza del ejército, canalizando su autoridad a través de palabras que ella misma moldeaba, era algo extraordinario. Se movía en diagonal, y más sorprendente

aún, dado que había sido la primera impresión que Wilson tuvo de ella y que solo compartió hasta el final de su historia, la retrataba en una condición mucho más vulnerable.

«Ella ha sido una que trabajaba con la firma, caleta, ya. No sé por qué se peleó. No sé quién era el dueño de esa caleta». Wilson decía que había desacuerdos sin hacer explícito el peligro. «Él la botó y yo pasaba por ahí. Me llamó llorando [y] me dijo ‘llévame a Ramal. No tengo dinero ahora, cualquier día te voy a pagar’, me decía».

«No te preocupes por *eso*», le aseguró Wilson, alentándola a que se subiera, y dijo: «*vamos nomás*», llevándola ya y sin más desde ese lugar.

«Entonces... ¿cómo explicarlo?» Wilson se preguntó en voz alta, para mi beneficio, como quien intenta darle un final a la historia: «*Un servicio*: eso es lo que un botero ofrece. Y es como que te retribuyen después. Porque si yo no hubiese conocido a esa mujer, ella no me hubiese conocido a mí tampoco, y nadie hubiese intervenido. Ellos ya me tenían, y con toda esa carga ahí. Me tenían como abastecedor. Y ya con eso, me hubieran dejado en pedazos. Me hubieran enviado a la base».

Habrían enviado a Wilson a la base. Y en esa fatalidad se encontraba una orientación inquebrantable, un destino prefigurado que se resistía a separarse: un destino que no se podía alterar, mucho menos revertir, al menos no hasta que, como de la nada, apareciera una joven.

El destacamento de Ramal era una extensión física del sistema de bases de contrainsurgencia. Un zarcillo que se extendía más allá de los muros del fuerte para hacer valer las prohibiciones sobre el movimiento, para estar a la expectativa de modo que tensaban el tiempo del día a día, exponiendo todo lo que pasaba a la misma disyuntiva: ¿amigo o enemigo? La pregunta más punzante, decía Canetti, es aquella en la que «solo son posibles las dos respuestas más simples de todas: sí o no» (p. 216, 1981). Y la insistencia del ejército sobre este acertijo fundamental de lo político dibujaba un marco de encuentro, el cual no era menos que una extensión más de la base, en tanto que establecía un rango muy limitado de posibilidades genéricas. Pero, si algo llegaba de la nada para quebrar ese marco y poner de cabeza el tipo de anticipaciones, el encuentro se hacía notable, se convertía en un acontecimiento a partir del cual elaborar una historia posteriormente.

La interferencia de la joven subraya la porosidad de cada encuentro. Aunque mucho más cerca de las circunstancias específicas que transmitió Wilson, fue a través de los hoyos en la malla, a través de las brechas en el funcionamiento

de las redes del mismo sistema de la base que ella había movido. Esos hoyos fueron inesperados, pese a que lo que ella hizo ocurrió a plena luz del día, ahí mismo, frente a todos.

Una malla solo funciona si deja pasar algo.

Ella era *local*, en la medida que en ella se expresaban relaciones previas entre los lugares de la margen izquierda y su gente. Y debido a esos nexos y a la íntima conciencia que ellos permiten, *sabía* «de esas cosas». Ella *sabía* dónde marcar la raya entre civiles y combatientes, pero también *sabía* cómo persistir con una cierta afinidad electiva por *la masa*. Al intervenir para proteger, *sabía* cuándo rehusarse a la pregunta disyuntiva de lo político.

se acerca la oscuridad

Ya fuera por las carreteras o dentro de los puertos, los retenes enmarcaban los encuentros durante el día de forma que se conectaban directamente con la base. Sin embargo, cuando el ejército ocupó los pueblos y caseríos del Huallaga, también impuso toques de queda que compartimentaban la noche. Los toques de queda expresaban la emergencia política mediante una orden general de no salir al caer la noche. Los toques de queda hacían de la noche aquella duración en que los soldados —alejados de los muros protectores de las bases y los puestos de vigilancia fortificados— podían disparar a discreción a cualquiera o a cualquier cosa que se moviera en las calles, carreteras, caminos, ríos y corrientes. Si en el limitado sentido común de la emergencia solo los «terroristas» se mueven en la oscuridad, los toques de queda no solo oponían las horas del día a las de la noche, sino que también reforzaban la división del tiempo pendular, mismo que ya estaba acoplado a la escueta distinción amigo/enemigo, como si las mariposas pudieran distinguirse de las polillas.

Durante el toque de queda, la pregunta implícita de la emergencia reducía todos los movimientos a un alto. La llegada de la noche le concedía al ejército una respuesta fija que ya había elegido uno de los lados de la disyuntiva: todo lo que se mueve está del lado del enemigo, y lo que sea que se mueva se puede matar sin reparos. Sin embargo, suprimir uno de los lados de la pregunta, difícilmente resolvía la cuestión. Todo lo que entra en este marco introduce elecciones nuevas, si bien menos favorables: al encontrarse con los soldados durante la noche, la gente los podía encarar, huir o jugársela haciéndose los muertos, convirtiéndose, por así decirlo, en una naturaleza muerta. El toque de queda ordenaba que todo sentido se doblegara, como si fuera posible echar todas las anclas referenciales

antes de que se diera un encuentro. Como si el mundo pudiera aplanarse, hacerse monótono; como si las transformaciones pudieran detenerse gracias a las amenazas de muerte. Y estos eran solo algunos de los modos específicos en que los toques de queda tensaban, colaban el tiempo, en especial durante el crepúsculo, al acercarse la oscuridad.

En los caseríos y pueblos que bordean el Huallaga los toques de queda abarcaban los viajes por el río, al menos eso es lo que he aprendido de los boteros que trabajaban en Nuevo Progreso, Ramal de Aspuzana y Aucayacu. Don Florentín, un colono original de la comunidad de Primavera, pasando las aguas al otro lado de Aucayacu, era un vadero que perteneció a uno de los dos comités de boteros durante los años de la ocupación militar del puerto. «Trabajábamos de seis a seis», me decía, «en la tarde entregábamos la llave y el motor al soldado que estaba de turno. El operador y los pasajeros aun podían descargar carga, pero hasta las seis no se podía siquiera pedir permiso para mover el bote nuevamente».

Wilson, quien nunca se afilió a los comités de Aucayacu, decía que el ejército mantenía a todos los boteros que vivían en el pueblo alertas y bajo vigilancia. El comandante de la base elaboraba una lista de miembros del comité y les ordenaba reportarse en el centro del pueblo cada domingo por la mañana para izar la bandera. A cualquier hora del día o de la noche, los soldados podían aparecerse en sus casas, y sin anunciarse, para que los transportaran por el río, lo cual, como era de esperarse, puso a los boteros en la mira de Sendero Luminoso.

En otros lugares, los boteros del Huallaga se enfrentaban a situaciones similares. Reynaldo, un botero ya en retiro de Nuevo Progreso, confirmó que el ejército no solo aplicaba el mismo toque de queda nocturno, sino que además trató a los boteros con mano de hierro, insistiendo en controlar sus movimientos, amenazándolos con quemar cualquier bote que viajara por el río en la noche. Un botero que trabajara después de las seis, afirmaba el ejército, debe estar transportando terroristas. «Eso es lo que decían... y así la gente ya tenía miedo de andar en la calle. A veces, si tenías que trabajar de día en la chacra, se te podía pasar la hora, pero en lugar de regresar después del toque de queda y enfrentarte a las preguntas de los soldados —*¿Qué haces andando?*—, era mejor esperarse a regresar hasta el amanecer».

llega el crepúsculo

Transportar pasajeros era algo que don Florentín hacía de forma esporádica, aunque de eso había pasado ya mucho, y si yo podía entrever algo en la fragilidad de

sus años de vejez es que los días en que tenía la fuerza para trabajar para otros habían terminado. De todos modos, tuve oportunidad de admirar de cerca su pericia como balsero durante una de las tantas veces en que Mauro me llevó a la chacra. Saliéndose de la carretera principal y recorriendo un camino ondulado por entre los cultivos de cacao, llegamos al Pucayacu, un tributario del cercano y cada vez más grande Huallaga. La casa de Mauro quedaba justo después de las corrientes movedizas. Para llegar a ella, teníamos que cruzar, pero la única embarcación que podía llevarnos estaba del otro lado. Así que Mauro echó un grito, una, dos veces, hasta que escuchamos un ulular en la distancia, respondiendo de vuelta y sacándole una sonrisa a Mauro. Momentos después, su papá aparecía agitando la mano desde la orilla contraria antes de descender con pasos cautelosos hacia el borde del agua hasta alcanzar una balsa de madera: cuatro troncos gruesos, juntados y amarrados. Luego de tomar una tangana de bambú, larguísimas y delgadísimas, empujó contra la orilla, luego contra el fondo del río que aún tenía poca profundidad, con una serie de empujones rápidos y experimentados. La embarcación despegó hacia la corriente y giró. Don Florentín venía ahora a nuestro encuentro.

Lo llamo Florentín, porque su nombre de pila denomina un florecimiento. La chacra familiar fue el lugar en el que me habló del toque de queda nocturno que el ejército impuso sobre el río Huallaga durante los tiempos de guerra, aunque al principio me costó decir cuándo exactamente me lo había contado. Con seguridad no pudo haber sido ese mismo día de 2011 en que, al llegar a Primavera, le di un primer vistazo al fuerte que yacía al otro lado de un vasto campo de pasto recortado, un poco apartado del camino de tierra del pueblo. Aquella fue la ocasión en la que no podía *no* detenerme a tomar una foto: había algo terrible en la fachada pintada, algo que lo hacía todo muy explícito, y que difícilmente podía dejar pasar sin tener algo que mostrar (véase figura 3).

Pero de vuelta a mis notas, veo que fue casi once meses después de esto cuando me contó de su anterior vida como botero ocasional.

Recuerdo las dos chozas abiertas y con techo de paja —cada una dispuesta de forma tal que se pudiera ver la otra directamente— y cómo era que juntas formaban un hogar para Mauro y sus padres. Una de las chozas descansaba sobre un suelo de color beige grisáceo oscuro, que le daba una cubierta protectora a la cocina. El piso de tablas de madera de la otra, donde dormía la familia, se elevaba cerca de un metro por encima del suelo. En el borde de esta segunda choza fue donde don Florentín me contó su experiencia como operador intermitente de un bote de motor en el puerto de Aucayacu. El motor, decía, no era suyo. «Operar»

no significa poseer sino trabajar para otro y con el equipo que alguien más te confiaba: la persona que te daba los medios y, por ende, la oportunidad de ganarte tu propio dinero, razón por la cual quedaba uno en deuda.

Figura 3. Primavera



Fuente: Richard Kernaghan.

Don Florentín trabajó de botero durante el día y siempre en la misma ruta. Salía de Aucayacu hasta cruzar a la banda u orilla opuesta antes de dirigirse corriente abajo a la orilla izquierda de los pueblos de San José, San Martín, y después, dependiendo de los pasajeros, podía tal vez cambiarse de vuelta a la orilla derecha y más abajo hasta Cotomonillo, antes de regresarse corriente arriba y atracar en el puerto de Aucayacu una vez más. La tarifa dependía, según él, de la distancia: un sol para llegar hasta la banda; dos hasta San José o San Martín de Pucate; dos cincuenta por el tramo completo hasta Cotomonillo.

En su chacra, regresamos a una conversación previa en la que Don Florentín había compartido su versión de cómo fue que Sendero Luminoso llegó en los ochentas a la ribera izquierda del Huallaga, moviéndose poblado a poblado, cada vez más al norte, hasta llegar a Primavera. Como muchas otras comunidades de la margen izquierda, Primavera quedaría devastada luego de las operaciones militares Aries de 1994.¹⁴ Después de ello y durante muchos años, casi nadie vivió en el pueblo, al menos no hasta los noventas cuando la gente comenzó a regresar. Pronto instaló ahí el ejército un fuerte, preocupado por la posible reorganización

¹⁴ Ver Comisión de la Verdad y Reconciliación (2003, vol. 5, pp. 259-281).

de Sendero Luminoso y el intento de reafirmar su influencia sobre las comunidades rurales. Siendo la primera base del ejército en la margen izquierda, justo en frente de Aucayacu, operaba en calidad preventiva, pues para ese momento la insurgencia ya no ejercía la suficiente influencia o tenía los recursos necesarios para entrenar un gran número de combatientes. Al menos eso sabía, y ahora don Florentín, hombre de muchos años, retomaba una vez más el hilo de los primeros años de Sendero Luminoso, solo que en esta ocasión se refirió a cómo fue que sus hijas e hijos, que apenas llegaban a la adolescencia como en muchas otras familias asentadas en la región, fueron arrastrados por la guerra, siendo su hija una de las que nunca volvió.

En medio de todo esto, don Florentín se adelantó una década para contarme de la noche en que rompió el toque de queda del río Huallaga, la misma noche en la que al regresar a la casa que tenían en el pueblo —desde que la guerra los había forzado, siguiendo el consejo de los militares, a abandonar su chacra—, encontró a su hijo mayor, el mismo que había estado desaparecido por varios años, esperando a darle la sorpresa en la oscuridad. Sorprendido también por la premonición que se había filtrado en las palabras que pronunció en silencio mientras caminaba de regreso a casa, las mismas que iban y venían entre la primera y tercera persona de sí mismo: *Capaz nuestro hijo va a aparecer hoy de noche, le digo... ¡No es posible! ¿Tal vez? Me dice.* Y al regresar a la conversación, dirigiéndose a mí, se explica: *medio así yo presiento.* Luego, al llegar a casa, en horas nocturnas ya, desde dentro lo llama una voz que deja helado a Florentín en sus propios pasos: *buenas noches papá.* Era una voz que Florentín no había escuchado en dos, casi tres años.

Al escuchar de nuevo esa voz, no pude hablar.

Pero luego, después de lo que pareció un periodo larguísimo, tratando de encontrar sus palabras, pero todavía incapaz de ver por la oscuridad, don Florentín preguntó:

¿Quién eres, hijo? ¿Cuál de los hijos eres: Mauro o Josué?
Josué papá.... Y vino, me abrazó, me besó, y yo comencé a llorar.

Todo comenzó una tarde, cerca del cierre de un turno largo, en la que don Florentín iba de regreso a Aucayacu y se detuvo en la orilla durante lo que hubiera sido su último viaje. El puerto todavía estaba bajo el control de la base:

«Ahí estaba el ejército, ahí continuaban los soldados, y en ese momento llega el hijo del dueño del motor y me dice: hermano, llévame».

Don Florentín tenía que decir que no: era tarde, cinco y treinta ya, hora de entregar el motor al ejército. Estaba en plena explicación cuando un soldado se le acercó y sin más hizo eco de sus palabras, «El motor debe quedarse». Sí, respondió Florentín, de acuerdo pero también presionando, con sutileza, a ver si se podía hacer alguna excepción: «ya justamente estoy conversando, es el dueño del motor su padre, por eso el que quiere el motor es el hijo, quiere que lo lleve abajo», pero el soldado no quería saber nada. Con cada presión de don Florentín, el soldado hacía más profundo su «no» hasta que un teniente se acercó y comenzó a preguntar qué pasaba.

Con un movimiento rápido para mirar al oficial superior, don Florentín cambió de rumbo y pidió permiso para salir una última vez. «Aquí hay un pasajero que su familia está grave en Primavera, quiere irse... su esposa está enferma». «Ya pues», dijo el teniente, «llévalo, pero seis y media estás acá».

Ya mi teniente, dijo don Florentín, mientras se apresuraba a la embarcación, junto con el hijo del dueño como su único pasajero, para luego empujarla sobre el río antes de que el oficial cambiara de parecer.

Pronto se encontraron en el puerto de San Martín, donde el hijo del dueño saltó y desapareció de su vista. Don Florentín se alistó para voltear y regresar de vuelta a Huallaga, cuando un adolescente se aproximó a su bote.

«Señor Shapiama, señor Shapiama, un favor».

«¿Qué favor?, le digo, No tengo tiempo varón, ya tengo que irme».

Solo cuando el joven le dijo que su papá se estaba ahogando, don Florentín se detuvo y escuchó.

«Un animal pequeño le ha jalado, ahí está en la palizada».

El joven explicó: su papá había estado pescando y estaba echando una red desde su balsa cuando atrapó a un zúngaro, un bagre goliat. Creyendo que había atrapado algo pequeño, comenzó a recoger la red lentamente, pero el zúngaro tiró con tal fuerza que lo hizo caer en el agua. Todo ocurrió muy rápido: la cuerda que había lanzado estaba enredada en su mano derecha, de modo que cuando las corrientes del Huallaga arrastraron la red y el zúngaro río abajo, también se lo llevaron a él hasta una pequeña isla formada por la acumulación de ramas y otros restos de madera. Ahí, apretado contra la palizada, el papá logró estacionarse y mantener su cabeza apenas a flote. El zúngaro siguió atrapado en la red: jalando, amenazando con hundirlo.

Al percibir la gravedad de la situación, don Florentín se lanzó a la orilla con un «¡Vamos!». Por el borde del agua siguió al muchacho hasta que vio al papá justo como se lo había descrito: en el agua, con el brazo atrapado en la red, apretado contra la palizada.

«Yo entré al agua hasta lo que me daba», me dijo don Florentín, «voy ahí tanteando».

Pronto llegó a lo que parecía ser un tronco en la superficie. Pero cuando el tronco dio un tirón energético, se dio cuenta que había dado con la cola del zúngaro. «Pum», me da, casi me bota a mí de espaldas, y, en eso que le ha dado, «jala la tarrafa», le digo al padre. La red emergió y el zúngaro quedó libre para alejarse nadando.

«Su mano del hombre era hinchado, yo le desaté a la tarrafa». Y don Florentín, con un «ya amigo», estaba dando la vuelta para irse cuando el hombre le preguntó cuánto le debía. «No me debes nada», dijo don Florentín: su mente estaba concentrada en el teniente y la orden que le había dado. Volver al pueblo era ahora su única preocupación.

Con premura, don Florentín saltó y alejó su bote de la orilla, pero cuando intentó acelerar el motor, «jale, jale, jale, nada, ya había bajado regular hasta más abajo de lo que yo le he desatado al hombre, cuando de pronto el motor arranca y surco».

Se dirigió río arriba una vez más con la hora ya casi sobre las siete en punto. Al acercarse al puerto de Aucayacu, alguien, un soldado, hizo un disparo de advertencia, luego otro al aire, pero don Florentín no desistía.

Cuando atracó en el puerto, un soldado corrió hacia el bote con un «oye carambas, ¿qué cosa pasó?». Y en ese mismo momento, el teniente se dirigió a él y, después de mandar el soldado a su puesto, también le preguntó: «¿Qué cosa pasó?».

«La máquina se había malogrado y de esa manera no podía llegar».

«Ah ya», le dijo el teniente. «ya fuera de ahí, ya deja el bote ahí».

«A esa hora me fui a mi casa... entonces yo vuelvo a esas horas, entro al cuarto, *buenas noches papá* me dice, yo me quedé frío, frío».

El simple hecho de contar esta historia tira de un hilo que atraviesa corrientes mucho más vastas y enredadas. Josué, esperando en la oscuridad, ya estaba atrapado en la red, en trayectoria a la base, y en las semanas que siguieron se entregó: ¿de qué otra forma podría asegurar la libertad de su mamá, la esposa

de don Florentín, a quien el ejército retenía como su rescate? Y cómo seguiría Mauro, y cómo él habría muerto con seguridad si no fuera porque su sobrina, a quien don Florentín nunca mencionó de nombre, puso su ingenio al servicio de su eventual liberación.

Mauro nunca sería el mismo, y solo hasta después de mucho tiempo de conocernos tuve un indicio de por qué se portaba un poco extraño. A diferencia de muchos otros, al menos él había salido con sus dos pies, incluso si no lo supo cuando pasó caminando el portón del lugar donde lo habían detenido, incluso si no reconoció en ese momento la cara de su propia madre.

«¿Cuál de los hijos eres?».

Don Florentín todavía no sabe con certeza a dónde fue Josué después ni dónde terminó.

Adentrarse más en estas corrientes no haría más que arrastrar este hilo hacia preguntas afiladas en exceso y lanzadas con mucha frecuencia sin preocuparse de qué o cuán profundo podían herir.

El pasado extiende un campo para que las líneas delgadas lanzadas en él puedan atar y después liberar a los presentes siempre en movimiento: desde lo actual a lo ya anterior, y luego de vuelta otra vez, tejiendo el cielo con la tierra en una alianza siempre nueva.

Entre crepúsculos: un archipiélago de condensaciones opacas que señalan la fuerza intermitente de los terrenos intercalares.

Aquí las brechas a veces importan, incluso tanto o más que lo que separan, gracias a las agitaciones que descargan y sostienen, en la espera, en la anticipación de lo que podría ocurrir.

Intervalos: para los secretos —que separan y murmullan— siempre más densos que la materia que los rodea.

Intervalos también en los resplandores del territorio: lo que realmente ocurre por allá, en esa bulla arriba en la base, elevándose por encima, todo el tiempo haciendo sentir su presencia abajo, a través de lo más hondo en lo bajo. El ápice y la zanja. Asimílalo, asimílalo todo: las densidades de las profundidades sin medida.

Ahí, al otro lado de ese campo, donde todo ocurre, todo para que lo puedas rastrear en la distancia, todo para que puedas olvidar la diferencia entre una polilla y una mariposa. Todo para que no olvides cómo es que desde esa altura un mensajero, que lleva una nota del comandante de la base, una nota dirigida a nadie

más que a ti, corre tan rápido como puede al bajar las escaleras, legua tras legua, esforzándose tanto como puede sin llegar nunca a rebasar los linderos del fuerte.

La eternidad, la espera, hasta la siguiente ocasión en que te detengan en el retén.

Siempre una próxima vez, siempre un estirar, reflejar, refractar: siempre un desteñirse, esa delgada línea de agua —ir y venir— entre las piedras, el entramado y el funcionamiento de las mallas.

Siempre una distancia crítica: la bola de fuego en lo alto y resplandeciente, alcanzando, desviando todas las miradas, siempre proyectando la más larga sombra entre crepúsculos.

En el día, los fuertes toman sus posiciones en lo alto, en línea con el sol, elevándose de forma intermitente, con todas esas imágenes, y con todos esos procedimientos a los que pertenecen.

Las bases descienden hasta la base, lo más hondo en lo profundo, fundando siempre nuevas situaciones legales, nuevas alianzas entre el cielo y la tierra donde el tiempo es clima, en secreto, gracias a sus densidades y a las opacidades de tantos cuerpos, que entretrejen olvidos en medio de la incontenible porosidad de los encuentros.

De las mariposas que nunca se ven en el ocaso.

De las polillas que vuelan a las luces, encendidas en medio de la noche.

REFERENCIAS

- Cache, B. *Earth Moves: The Furnishing of Territories*. MIT Press, 1995.
- Caillois, R. (1962[1960]). *Medusa y Cía*. Editorial Seix Barral.
- Caillois, R. (1939). *El mito y el hombre*, trad. Ricardo Baeza. Ediciones Sur.
- Canetti, E. (1981). *Masa y poder*, trad. Horst Vogel. Muchnik Editores.
- Comisión de la Verdad y Reconciliación. (2003). *Informe final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación*.
- Kernaghan, R. (2009). *Coca's Gone: Of Might and Right in the Huallaga Post-boom*. Stanford University Press.
- Kernaghan, R. (2022). *Crossing the Current: Aftermaths of War along the Huallaga River*. Stanford University Press.
- República del Perú. (4 de marzo de 1980). Decreto de Ley 22927, Declaran en estado de emergencia los Departamentos de Huánuco, San Martín y la Provincia de

- Coronel Portillo. <https://docs.peru.justia.com/federales/decretos-leyes/22927-mar-4-1980.pdf>
- Serres, M. (1983). *Rome. Le livre des fondations*. Grasset.
- Taussig, M. (1997). *The Magic of the State*. Routledge.
- Virilio, P. (1991). *Bunker Archéologie*. Editions du Demi-Cercle.